

*Consejos para sobremorir en la ciudad de Madrid:*

- Vete de Madrid. Preferiblemente a un lugar como las Canarias, donde no hace ni frío ni calor. De esta manera tu cadáver durará un máximo de tiempo. Tiene el añadido de que te alejas de un grillado que ronda por las afueras.*
- Evita a los animales. Para ellos eres un menú andante.*
- Sal de noche o enmascarado. Al no tener flujo sanguíneo eres pálido y llamas la atención.*
- Evita a gente armada y científicos. También es recomendable alejarte de gente que sepa que has muerto (a no ser que quieras mandarles a un hospital mental) Ni se te ocurra acercarte a los que desean el apocalipsis zombie. Intentarán matarte. No lo conseguirán, pero pueden despedazarte y que te disparen o quemen sigue doliendo.*
- No expliques lo que eres. Con ello sólo conseguirás atraer a las personas mencionadas anteriormente.*
- No trabajes en un aserradero. Si lo haces asegúrate las manos por una millonada. Si estás vivo este consejo también es válido.*
- No te acerques a las afueras. El grillado del que hablaba antes no tendrá piedad y te sacará todo lo que sepas, quieras o no.*

## Rotting Corpse:

*N. del. A:* Esta historia no posee ningún hecho fantástico, aparte del hecho de que el protagonista es un no-muerto sarcástico. Disfruten.

-¡Amanda!-chilló la madre de mi novia-¡Louis acaba de morir!

-¡Dios mío! ¡No!-respondió ella-¡Era el amor de mi vida!

En realidad no creo que pasase eso. No estaba con ella cuando le dijeron que la había palmado y me estaba poniendo los cuernos con un amigo, así que me sorprendería que hubiese pasado eso; pero me estoy adelantando a los acontecimientos.

Primero contaré cómo la diñé. Me dispararon. Con un arma de asalto. No sé cómo se llamaba fue ni cuál fue la razón (porque no creo que fuese por saltarme clases). Recuerdo el impacto de la primera bala atravesándome a la altura del estómago. La segunda no fue tan mal encaminada: pulverizó mis costillas, agujereando el corazón, horadando el pulmón. Después de eso caí, perdiendo la vida y utilizando mi último aliento para insultar al tirador (no creo que la gente entendiese mi insulto o lo oyese siquiera, con todos esos chillidos de miedo y asombro)

Lo siguiente que recuerdo con seguridad era estar en el centro de una habitación cilíndrica, con paredes de cuarzo lechoso o porcelana. Las puertas, sin embargo estaban hechas, aparentemente, de obsidiana. Una obsidiana pulida pasada la saciedad. Mis oídos me avisaban de una melodía pegadiza. Al principio no sabía dónde podía estar. Luego recordé dos cosas: Las únicas habitaciones con una salida y con música pegadiza son los ascensores, y que me habían disparado; de modo que estaba, seguramente, en un ascensor de camino al más allá.

Como no tenía mucho que hacer aparte de pensar en mis seres queridos dejé que mi cuerpo tomase control y empecé a tocar la pared y la puerta. La pared estaba caliente, especialmente al lado de las puertas. Éstas, sin embargo, estaban frías como un muerto. Cuando comenzaba a aburrirme el ascensor llegó a su destino. Las puertas se separaron para permitir la entrada a la recepción de mi dentista (o, con más seguridad, a una reproducción exacta de ella).

Resguardada detrás del mostrador estaba la chica que ejercía de recepcionista, hablando en otro idioma por teléfono. Lucía una camisa blanca, inmaculada, con mangas anchas y botones de marfil. Cubriendo su cara estaba una máscara rectangular de proporciones áureas (cosa que sé porque es, no sé, obvio) El amarillo de la máscara se veía interrumpido por dos círculos negros a la altura de los ojos y una línea que formaba una media sonrisa.

-Buenos días,-dijo colgando, sin dejarme preguntarle nada-ahora mismo, debido a problemas burocráticos, no podemos atenderte. Por favor vuelve al ascensor o dirígete a la sala de espera. Te avisaremos en cuanto puedas elegir tu eternidad. Si tienes cualquier queja, por favor contacta con nuestro departamento de atención al cliente.

Después de ello me señaló el ascensor y una puerta a su espalda.

-Perdona-solté, haciendo caso omiso de sus indicaciones-¿Me puedes explicar qué pasa exactamente?

-Sí, pero antes debes rellenar el impreso amarillo.-respondió, empujando una hoja de papel amarilla hacia mí-Después de ello podemos hablar de cualquier duda que tengas acerca de esta sucursal de la OO.

-¿OO?-pregunté, cogiendo el bolígrafo y empezando a rellenar mis apellidos, DNI, nacionalidad, todo, incluyendo creencias religiosas.

-Orden del Orden.-replicó, de manera mecánica-Nuestro fundador es un cretino. Se cree muy gracioso.

-Y-proseguí-¿De mis preguntas no se encargaría atención al cliente?

-En condiciones normales sí, pero andamos justos de personal. Nadie quiere trabajar con nosotros, porque corre el rumor de que nos comemos el alma de los empleados. Eso es mentira, salvo para el departamento de marketing, pero esos desgraciados son un caso aparte. Y creo que hacen lo mismo en todos los negocios.

Tras ello tuvo comienzo un intervalo de veinte minutos de silencio incómodo mientras rellenaba el test de veinte caras y me cortaba varias veces con el papel.

-De acuerdo, perfecto.-dijo ella, echándole un vistazo rápido-Si me da unos minutos para contrastar la información y leerlo entero, por favor.

-Sí, claro, adelante.

Cogí otro formulario amarillo y empecé a rellenarlo de broma. Cuando ya me había inventado una religión lo suficientemente divertida como para que tuviese éxito en Internet la chica me llamó.

-Ya está, Louis, si no has mentido, que lo dudo. Dispara todas las preguntas. Puedes preguntar cualquier cosa desde el color de los protones hasta el sentido de la vida.

-Ésa me la sé-chillé-El sentido de la vida, el Universo y todo es 42.

La recepcionista se frotó las sienes.

-Eres la millonésima persona que hace ese chiste. Has ganado una bofetada.

-¡Bi...!-la mano de la chica me interrumpió-Pensaba que era broma.

-Pues no lo era.-dijo-Ahora, preguntas serias, nada en el plan de ¿Cuál es el nombre de mi gato? Mucho menos quiero que hagas preguntas obscenas.

-Vale, capisce. ¿Cuántas preguntas del test me he inventado?

-Todas. El test está hecho para entretener a la gente como tú durante un ratillo, aunque ni siquiera lo leáis os mantiene callados mientras hacéis como que lo leéis.

-¡Eres buena! ¿Qué es exactamente la OO?

-Secreto.

-¿¡Pero esto qué es!? Me has dicho que podía preguntar cualquier cosa.

-Sí, pero la última vez que respondí a esa pregunta a un humano normal perdió la cordura. A ti, sin embargo, me bastaría con decirte algunas cosas de tu novia para que enloquecieses. De manera visible, quiero decir. Tú ya estás como una chota, pero lo ocultas muy bien. Y tampoco dije en ningún momento que fuese a responder.

-¡Eres MUY buena! ¿Cuál es el problema que tiene la OO ahora mismo?

-Falta de personal. A pesar de que somos inmortales al cabo de un tiempo nos aburrirnos y nos vamos durante un par de años de vacaciones para no hacer nada o, en su defecto, para molestar a la gente que nos puede ver. Unas vacaciones masivas del departamento de marketing se han combinado con una guerra con los Siete Sellos, así que no podemos hacer nada. Podemos viajar por el tiempo en vuestra dimensión, pero no por la nuestra. Estamos anclados en todos los instantes de vuestra dimensión pero usamos nuestro propio tiempo.

Mientras me explicaba ésto yo hacía un pequeño esquema de ello. Me quedé callado durante unos minutos, aclarando mi cabeza. Ella aprovechó mi silencio para leer un *paper-back* húmedo de un samurái detective.

-Otra pregunta-retomé-Antes has dicho que puedo volver al ascensor...

-¡Sí, por favor!-interrumpió ella.

-No he terminado-comprobé que se callaba-¿Con ello querías decir que puedo volver a mi tiempo como un zombie?  
¿Ahora?

-Sí, tu tiempo sería la mejor elección si quieres recuperar tu cuerpo, pero puedes volver como fantasma a otro tiempo y poseer a la gente.

-¡Guay! ¿Cómo puedo volver aquí?

La mujercilla (en ese momento me di cuenta de que era muy pequeña, al menos comparada a mí) se agachó y cogió algo de un cajón. Me tendió un móvil.

-Llama al número de OO y ellos te darán indicaciones, si quieres aprender y se da el caso de que contesten. Si no, puedes darle al botón rojo enorme en el que pone OO. El aparatito lleva toda la música que te gusta.

Me guardé el teléfono en el bolsillo de los vaqueros.

-¿Cuánto tiempo va a durar esta falta de servicio?

-Lo que dure la guerra o, posiblemente, algo más.

-¿Para quién trabajáis?

-Para los que nos contratan. Vuestro servicio lo tiene contratado un ingeniero de mi edad, más o menos. Creo que tú no tienes nombre para él. Cuando hablas de él le llamas "el de arriba".

-Aha. Y esta guerra, ¿a qué se debe?

-Guerra corporativa. No sé mucho más. No me han dicho na...-en ese momento le cortó el timbre del teléfono. Escribió que le iba a llevar un rato mientras respondía la llamada.

Me despedí de ella y me subí al ascensor. Las puertas se cerraron detrás de mí.

---

Al salir (porque supongo que tuve que salir del ascensor) nada fue como me habían asegurado todas las películas de gente que vuelve del más allá. No abrí mis ojos de golpe y me encontré tumbado en una camilla con un médico asustado en una esquina. Estaba en un piso exactamente igual que el anterior (salvo por la ausencia de una recepcionista sarcástica). Delante de mí había un cartel que decía:

"De modo que quiere volver a su planeta la Tierra. Los pasos a seguir son realmente sencillos. Piense en una ubicación espacio-temporal y concéntrese en ella. Si ésta es lo suficientemente concreta llegará sin problemas. Podrá sufrir de mareos o problemas temporales (consulte la guía en el aparato que se le ha entregado). Cuando esté completamente concentrado en la ubicación será inmediatamente transportado a ella. Recuerde, por favor, que las leyes de la física tradicional conocida por su especie, la humana, no se aplicarán mientras esté fuera de un cuerpo."

Obviamente, asumí rápidamente, los espacios subrayados eran espacios que se rellenaban en los ojos del lector, siendo el resto un mensaje escrito de la misma manera para cualquier persona que quisiese leerlo. Una vez asimilado el contenido del mensaje cogí el teléfono que me había dado la joven y busqué la guía que mencionaba el texto.

Ésta no me aclaró absolutamente nada, así que decidí aprender sobre la marcha. Resolví aparecerme en el lugar en que me habían acribillado en el mismo momento en el que moría. Tras lo que me pareció una eternidad concentrándome en ello desaparecí del edificio y, cuando quise darme cuenta de ello, estaba en mi facultad.

Las balas seguían silbando alrededor de mi cuerpo, impactando sobre pobres diablos que no habían hecho más que estar en el lugar equivocado en el peor momento posible.

Cuando intenté moverme todo se quedó congelado. Todas las balas estaban inmóviles, clavadas en el aire. Éste parecía más denso en algunas zonas que en otras, como si el aire estuviese ligeramente más compacto en determinados lugares.

Al cabo de unos segundos, o, al menos eso creo, decidí usar el teléfono que la chica me había dado. Le eché un vistazo mi lista de contactos. Aparte de uno llamado Atención-Cliente, los únicos que estaban era uno que estaba archivado como Recepción y otro como OO sin más.

Primero llamé a la recepción. Tras unos segundos esperando a que marcara el número oí el pitido que me avisaba de que estaba comunicando. Tras un par de intentos seleccioné el teléfono de atención al cliente. En esta ocasión nadie cogió el teléfono. Finalmente llamé al tercer número. Aquí me respondió un robot. Me ofreció varias opciones, entre ellas las que más me llamaron la atención fueron: "Si necesita cumplir una venganza, marque uno para atormentar a su objetivo durante el resto de la eternidad" y "si tiene problemas con el paso del tiempo marque dos"

La segunda me llamó la atención por la sencilla razón de que era, exactamente, lo que necesitaba. La primera por la posición que ocupaba. Se podría pensar (y sin andar lejos de la realidad) que a la gente le importa más cumplir venganzas que hacer uso del tiempo. Fui pulsando las teclas que el robot me iba recomendando. Al cabo de unos minutos de teclear como un poseso en un lugar fuera del tiempo (de manera que no puedo estar seguro al afirmar que fueron unos minutos) conseguí hablar con una persona o, por lo menos, con un ente con conciencia de sí mismo.

-Buenos días.-respondió una voz al otro lado del aparato-Está usted hablando con el OO. ¿En qué podemos ayudarle?

-Verá, este... No sé cómo decirlo exactamente, pero...-empecé a explicar.

-Sí, ya sé que le pasa.-me cortó el hombre, supongo que era un hombre, con el que estaba hablando-El tiempo está congelado a su alrededor, ¿No es así?

-Sí-respondí-¿Cómo lo saben?

-Un noventa por ciento de las llamadas que recibimos tratan de ése tema. En cinco segundos aparecerá delante de usted un pequeño manual de papel. Por favor, cójalo en cuanto lo vea y léalo. Una vez haya terminado debiera poder manejarse. Si sigue teniendo problemas puede venir directamente a cualquiera de nuestras franquicias o a nuestra sede central para recibir ayuda de cualquier tipo.

Como mi interlocutor había prometido poco después apareció delante de mí un pequeño bloc de notas. Lo cogí antes de que cayese al suelo. Tras leerlo seguía exactamente igual de perdido que antes. Volví a llamarles. Esta vez no descolgaron, de modo que releí la guía.

Tras leerla doce veces conseguí entender qué era exactamente lo que había que hacer para moverse por el tiempo. El método era realmente sencillo, una vez que entendías cómo funciona el movimiento por el tiempo, cosa que ningún humano atrapado en su cuerpo podría entender jamás, puesto que nuestros cuerpos están "programados" para desplazarse en el tiempo automáticamente.

Al cabo de un par de intentos conseguí moverme al tiempo que me desplazaba en la cuarta dimensión a un ritmo comprensible para mi mente.

Las balas volvieron a moverse, destrozando la máquina de vapor que estaba delante de mi cuerpo. Afortunadamente, aparte de a mí las balas no impactaron sobre nadie más, al menos no de manera inmediatamente mortal. Intenté localizar al tirador, puesto que antes no se me había ocurrido buscarle. No me resultó muy complicado encontrarle.

Era un chico de unos veintipocos años. Obviamente no estaba en su sano juicio. Blandía un arma automática en una mano. En la otra un cuchillo de combate. Sabiendo que no podría hacer gran cosa me acerqué al tirador, para al menos poder identificarle y poder hacerle sufrir cuando llegase al más allá. Al acercarme a él pareció asustarse y marcharse corriendo, como si me hubiese visto.

Consideré seguirle durante un tiempo, pero preferí quedarme al lado de mi cadáver, para ver qué hacían los enfermeros con él. Llegaron en menos de cinco minutos, intentaron reanimarme, pero sabían que no podrían hacer nada. La herida en mi corazón había sido, claramente, mortal. Me metieron rápidamente en una bolsa de plástico, protegiendo mi cadáver de las miradas de los que una vez fuesen mis compañeros.

La ambulancia salió despedida, quitando de en medio a los coches gracias a su sirena. No me hizo falta seguir al vehículo. Sabía a qué hospital se dirigía, de manera que me personé ahí antes de que la ambulancia entrase en María de Molina.

Mi cuerpo llegó, no a mi sorpresa, muerto al hospital. Vi cómo los médicos intentaban sacarme del sueño eterno, cómo mi cuerpo convulsionaba al sufrir las descargas de los desfibriladores. Las enfermeras corrían a mi alrededor, siguiendo las órdenes de los médicos.

Al cabo de poco tiempo los doctores se dieron por vencidos, derrotados por la realidad impuesta. Seguí mi cadáver por los pasillos del hospital hasta una sala refrigerada (Asumí en ese momento, porque, gracias a mi ausencia de cuerpo, no sentía absolutamente nada) Me dejaron sobre una mesa de acero y me desnudaron, quitándome vendas y restos de sangre. Estaba en una habitación con otro par de fiambres que, por el color de sus caras, llevaban un par de días muertos. En cuanto abandonaron la sala intenté introducirme en mí.

No recordaba que, antes del tiroteo, estuviese tan frío, luego recordé que estaba desnudo. Toquetée mis heridas. Estaban secas. Me acerqué al perchero y me tiré una bata por encima (que, por Dios sabe qué razón, estaba convenientemente cerca de mi situación) Inspeccioné mis proximidades, en busca de algún tipo de calzado, pero no tuve suerte. Me rendí al cabo de unos minutos, acabados los cuales salí de la sala (que ya había comprobado que no sólo estaba refrigerada, sino MUY bien refrigerada).

El pasillo era como el de cualquier hospital, de colores suaves y relajantes. Me pregunté cómo afectaría la imagen de un zombie embutido en una bata a la calma que los tonos intentaban transmitir. Supuse que de manera negativa. Mis pies descalzos no hacían prácticamente ruido al pisar sobre el suelo de mármol. Me sentía como un ninja. Lo que era (y es) mejor, como un ninja zombie.

Conseguí llegar a la calle sin cruzarme con nadie (al menos nadie que me prestase demasiada atención). Nada más cruzar la calzada para meterme en el metro me di cuenta de que no tenía nada con lo que pagar el trayecto. Decidí que nadie podría hacer demasiado si me pillaban sin pase. Salté el torniquete grácilmente. La caída me hizo daño en la nariz, pero no mucho más. Recorrí gran parte de la estación corriendo. Al llegar a la línea circular me di cuenta de que no estaba cansado. Entré en el vagón preguntándome por qué sería, pero no le di muchas más vueltas de las necesarias. La gente en el vagón me evitaba, como si supiese qué era con exactitud. Al cabo de unos minutos me di cuenta de que me evitaban porque parecía un mendigo. Aproveché la situación para sacar algo de dinero. No conseguí demasiado, pero si el suficiente como para pagarme un refresco al salir del tren.

La bebida bajó quemándome la garganta, a pesar de lo fría que estaba. Al toserla me di cuenta de que mis pulmones no estaban tan sólidamente unidos al resto de mi cuerpo como creía. Mis entrañas sacudieron el suelo, dando un efecto algo *gore* al suelo de la estación. Miré a mi alrededor. No había ninguna cámara visible, de modo que era casi seguro que me encontraba en un punto muerto. Tampoco había personas cerca, cosa que se agradece cuando vomitas parte de tu interior.

Salí de la estación saltando el torniquete. Un guardia de seguridad salió, aparentemente, de la pared e intentó detenerme. Lo maravilloso de estar manejando un cuerpo muerto es que no tienes que preocuparte por el estado de tus músculos. (Ni mucho menos de respirar) Esprinté lo más rápido que pude. El segurata, algo por encima del peso recomendado para su estatura, no pudo seguir mi ritmo. Un par de manzanas después juzgué que podía dejar de correr sin riesgo.

Entré en mi edificio unos minutos después. Busqué mis llaves debajo del felpudo (que es donde acostumbraba a dejarlas)

Afortunadamente no había nadie en mi casa, de modo que me metí inmediatamente en la ducha y me lavé las heridas. Me limé la sangre solidificada sobre el pecho para que no hiciese bultos en la ropa. Al salir cogí las primeras prendas que vi y me las eché por encima. Viendo que un camisón no era, quizás, el tipo de ropa más adecuada para alguien como yo (metro ochenta, barba de vikingo...) decidí ponerme unos vaqueros y una camisa de leñador. Contento con mi apariencia salí de nuevo a la calle.

No atraje tantas miradas como cuando iba en bata por el metro, pero la gente seguía quedándose un poco mosqueada al fijarse en mi cara. Saqué el teléfono que me había dado la recepcionista antes de abandonar el edificio. Empecé a trastear con él. Encontré un documento de texto acerca de mi situación en concreto, con mi nombre incluido.

Tras leerlo descubrí que no había manera de que nadie creyese que estaba vivo durante más de una semana, lo que limitaba mi vida *post-mortem* a, bueno, una semana. Decidí que no iba a gastarla sin más, de manera que escribí una nota de despedida para mi familia y cogí un par de cosas fundamentales (la armónica, para exasperar a todo el mundo, un cuaderno y un bolígrafo para escribir mis memorias, no que mi vida haya sido interesante, pero me hace sentir mejor saber que estoy dejando algo)

Una vez atados todos los cabos sueltos me puse en marcha. Mi intención era despedirme de mi novia y después dar la vuelta al mundo.

---

De nuevo me colé en el metro, esta vez prestando especial atención a posibles puertas ocultas en las paredes y guardias de seguridad. Me monté en el primer tren que pasó con sentido a la casa de mi novia. Siendo la hora que era, según mi reloj las doce del mediodía, no había mucha gente en el vagón: algunas ancianitas de vuelta a casa de tomar algo en casa de sus amigas, algún que otro padre yendo a recoger a sus hijos al colegio y un par de estudiantes de universidad volviendo a sus casas.

La gente que me veía en el metro parecía no querer verme, como si fuese un yonqui drogándose; sabían que estaba ahí, pero no querían registrarme en sus memorias. Decidí intentar llamar a la Recepción de nuevo, aunque solo fuese para charlar con alguien.

-¿Diga?

-Hola, soy Louis, he estado ahí hace un par de horas.

-¿Louis? Ah, sí, hace dos días, es verdad. Imagino que entiendes que el tiempo pasa de diferente manera, ¿no? Es una regla no escrita del multiverso. Diferentes universos, diferentes paso del tiempo.

-Ah, vale.-he mantenido el silencio durante un par de minutos, echando un vistazo al vagón, cerciorándome de que la gente me miraba raro-Verás, quería saber si es normal que la gente me mire como si supiese lo que soy.

Durante un par de segundos en lo único que oí fue a ella teclear de fondo.

-Sí, por lo que pone aquí, sí, es algo normal. Dice que vuestra cara es demasiado pálida como para que parezcáis natural, por no hablar de que vuestra especie está preparada para presentir cosas fuera de lo común; aunque no sepan lo que es.

-Hmm, interesante. Muchas gracias. ¿Hay suerte con la falta de personal?

-No demasiada. Gracias por llamar.

La chica colgó, dejándome algo desorientado por el corte súbito. Empecé a mirar a mi alrededor mientras esperaba a llegar al otro lado de la ciudad.

Una media hora más tarde llegué a la parada más cercana a su casa. Siendo una de las paradas de construcción más reciente había unos pasillos horriblemente largos, pero también estaban limpios y brillantes.

Al salir de la estación ya eran las dos y media de la tarde, de manera que Amanda ya estaría en casa. Apreté el paso para poder pasar un máximo de tiempo con ella antes de poder marcharme a ver mundo. Si hubiese sabido lo que me esperaba, habría desaparecido del mapa sin más, pero era tarde para cambiarlo y no se me ocurrió ir a avisarme a mí mismo hasta que ya había hecho todo lo que quería hacer.

Un par de minutos más tarde estaba llamando al timbre de su casa. La respuesta fue casi inmediata, aunque no fue quien me esperaba.

-¿Sí?-dijo una voz demasiado viril como para pertenecer a mi novia-¿Quién es?

Me faltaban las palabras, después de todo, no me esperaba que fuese mi mejor amigo el que fuese a responder al telefonillo.

-Pablo ¿Qué haces ahí? Me dijiste que, que estabas estudiando.

-Sí, con Amanda. Me pidió ayuda.

-Tío; estudiamos Ingeniería Industrial. Ella estudia Magisterio. ¿Tenía problemas con las sumas? ¿Los plastidecor estaban secos?

-Louis, eso es insultante.

-Sin embargo el que hace esos chistes sueles ser tú, ¿no? En cualquier caso, imagino lo que estabas haciendo ahí arriba. Simplemente venía a despedirme de Amanda antes de irme de viaje. Parece que me tengo que despedir de ella para siempre... Y de ti también. Disfrutad de vuestra vida.

Obviamente me marché de mal humor. Bajo el sol era bastante más claro qué era, de manera que la gente me evitaba más. Para cuando llegué al metro estaba completamente envuelto en mis pensamientos, de manera que no vi al chico con el que me choqué hasta que le tenía encima. Prevalcieron mis buenos modales, de manera que le ayudé a levantarse. Al hacerlo le vi la cara.

-¡La leche! Tú me has matado esta mañana.

---

El chico intentó desaparecer lo más rápido posible de mi vista. De nuevo, tener un cuerpo que no sentía necesidad de descansar, me dio superioridad absoluta. En menos de dos minutos le tenía reducido contra la pared. No debía ser mucho mayor que yo, pero su expresión cansada le hacía aparentar unos cuarenta años.

-¡Suéltame!-chilló, intentando sacar algo del bolsillo-¡Suéltame o te pego un tiro!

-¿En serio crees que eso funcionaría? ¿Después de lo de esta mañana?

El joven se quedó sin palabras durante un par de segundos, rememorando la mañana.

-¿En serio te he matado?

-Sí, al menos eso creo. Cabe la posibilidad de que esto sea un sueño debido a un coma, como la serie esa...

-Te puedo asegurar que a mí no me parece un sueño... Bueno,-dijo, sin dejar de forcejear-si estás muerto ¿Qué haces aquí?

-Soy un zombie. Así de sencillo.

El hombre se quedó paralizado y palideció al tiempo que ponía su mejor cara de póquer. No era muy buena.

-¿Por qué no me explicas el tiroteo?

-No sé si debiera. Me dijeron que no se lo podía decir a nadie. Y también estaría confesando un delito muy grave.

Tras una brevísima conversación con mis puños, el joven, que respondía a Ángel, empezó a hablar.

-¡Vale! ¡Para! Me pidieron que disparase en un lugar con gente y que al menos cayese una persona.

-¿Te lo pidieron? ¿Lo hiciste porque te lo pidieron y querías?

-Hombre, querer querer... No. Me pagaron muchísimo. Suficiente como para solucionar mi vida.

-Vamos, que no eres un profesional.

-No, ni por asomo.

-Y, sin embargo, mataste sin pensarlo dos veces.

-No, o sea, sí, este no... Joder. Me lo pensé durante varios meses antes de hacerlo.

Vi que estaba siendo honesto conmigo, que no me había matado a mí en concreto, sino que yo había sido al que había matado.

-¿Quién te pagó?

Ángel estaba muy nervioso y no quería decir nada, pero después de verme amagar un puñetazo a su ya destrozada nariz volvió a hablar.

-Varios. Fueron un chico joven y un negro bien vestido. Me dijeron que era muy importante que la gente entrase en pánico, que hubiese mucho caos y que, por lo menos, como ya he dicho, una persona fuese abatida.

Las “órdenes” que le habían dado eran, en mi opinión, algo laxas para un homicidio.

-¿De dónde sacaste las armas?

Al ver que no quería hablar más he hecho amago de pegarle de nuevo.

-Me las dieron ellos, los que pagaron. Acabo de devolvérselas. No me pegues más.-replicó a una velocidad inhumana.

-Hmm... ¿Por qué te fuiste corriendo? Huiste como si hubieses visto un fantasma.-me pregunté si la razón por la que había huido era yo.

-¿Estabas ahí?-vio mi cara de *No-voy-a-responder*-Bueno, da igual. El caso es que creí haber visto a la Parca paseando por ahí, cerca de ti.

-¿Te dijeron por qué tenías que hacerlo?

-No, pero les oí hablar de mandar un mensaje a alguien. A lo mejor tú eras el mensaje.

Cansado del chico le solté. Salió corriendo como alma que lleva el diablo.

En ese momento no me di cuenta, pero había empezado a seguirme un hombre africano (haitiano, en realidad) impecablemente vestido. Poco después aprendería que se hacía llamara, entre muchos otros nombres, Barón.

Para cuando volví a tomar control de mi cuerpo vi que, sin quererlo, había vuelto al hospital dónde había recuperado mi cuerpo. Entendí que, si me iba de verdad, unas cuantas personas, especialmente las responsables de cuidar de mi cadáver, iban a meterse en un buen lío, así que intenté volver a la sala refrigerada donde mi cuerpo debía estar. Muy a pesar de mis buenas intenciones, llegué tarde. Se podían oír las voces de dos agentes; uno de ellos blasfemaba dentro de la nevera mientras que el otro discutía con un médico, preguntándole qué había hecho con mi cadáver.

Esto me planteaba un buen problema. No podía entrar andando y dejar mi cuerpo tirado en cualquier esquina sin más, aunque era francamente tentador. Tampoco podía desplomarme en la calle. Después de todo, nadie podría justificar cómo un muerto había salido de una sala refrigerada, se había vestido y se había desmoronado en la calle. Al menos no lo podrían justificar sin ganarse un viaje de ida al pabellón psiquiátrico.

La única manera de solucionar esto era llamando. Volví a la recepción para que no me viesen ni los policías ni los médicos. Marqué rápidamente y esperé pacientemente.

---

Al cabo de unos segundos el aparato dejó de dar el pitido y la chica cogió.

-Orden del Orden, ¿diga?

-Hola otra vez.

-¿Louis? ¿Sabías que eres uno de los humanos que más veces ha llamado en los últimos dos milenios?



-¿En serio? ¿Quién fue el anterior?

-Uno que decía ser el hijo de Dios. Hizo algo parecido a ti para poder seguir predicando su mensaje de amor y respeto... Bueno, eso da igual. ¿Qué quieres ahora?

-Tengo que devolver mi cadáver a su sitio sin llamar la atención.-al decir eso unas cuantas personas se giraron y empezaron a mirarme-Al menos no sin llamarla más de lo que estoy haciéndolo ahora.

-Vaya. Déjame que vea lo que puedo hacer.

Mientras ella tecleaba he echado un vistazo a mis alrededores. Cada vez me estaba mirando más gente. Obviamente no era inteligente hablar de cadáveres en una sala llena de gente viva. Me levanté e intenté retirarme discretamente. Cuando la chica iba a explicarme al sitio donde debía haber estado durante las últimas dos horas oí como alguien se desplomaba a mi espalda. Cometí el error de girarme.

Al hacerlo me encontré mirando a una nueve milímetros por el lado equivocado. A pesar del peligro que suponía miré más allá del arma; después de todo, ya estaba muerto. El policía la estaba sujetando bien, pero se notaba que estaba asustado. A su lado estaba uno de los forenses que me había atendido, claramente inconsciente.

-Louis ¿estás ahí?

-Sí, sigo al aparato.

-¡Suelta el teléfono!-chilló el policía, intentando no tartamudear.

-¿Te están deteniendo?

-Un poco, sí.

-¿Por qué no abandonas tu cuerpo sin más?

-Hombre, la idea está bien, pero ¿qué hago con mi cuerpo?-la cara del agente no tenía precio.

Mientras hablaba con la recepcionista el otro policía había venido para hacer compañía, de forma que ahora me apuntaban no una, sino dos pistolas.

-¿Cómo lo dejo? Mi cuerpo, quiero decir.

-No puedo responderte a esa pregunta.

-¿Política de empresa o no conoces la respuesta?

-No, sí que sé responder, pero es una qualia.

-¿Una qué?

-¡SUELTA EL TELÉFONO O DISPARO!

-Una qualia es un vacío explicativo, como intentar describir la rojeza del rojo. Pero,-prosiguió mientras los policías volvían a chillar órdenes-como veo que la gente está poniéndose tensa a tu lado del teléfono, te voy a mandar un programa. Llama cuando salgas, de acuerdo.

-Vale, gracias. Hasta ahora.

Colgué y esperé a que el programa se descargase. Al hacerlo empecé a arrodillarme despacito, tal y como sugerían los policías. Para cuando me había llevado las manos a la cabeza el programa había terminado de descargarse, de manera que pulsé el botón central. Inmediatamente salí despedido de mi cuerpo y el tiempo se detuvo. Volví a llamar.

-¿Ahora qué?

-Te marchas.

-¿Y de lo que dejó a la gente en la habitación-doce personas con un trauma psicológico como este sin más?

-No te preocupes, he conseguido que manden a un equipo de especialistas a solucionarlo. De hecho, espéralos y vuelve con ellos, ¿va?

Me senté a escuchar algo de música mientras esperaba al equipo. Cuando, por fin, había encontrado una posición cómoda aparecieron unas grietas en el aire. De ellas salieron un hombre trajeado y un chico joven (o un enano) en camiseta y vaqueros. Ambos tenían la cara cubierta por máscaras idénticas.

-Evalúa daños-dijo el trajeado-De acuerdo, Louis ¿por qué hiciste esto?

-¿Lo qué?-repliqué mirando el cuaderno que se había materializado en la mano del trajeado y el contador Geiger que, estaba seguro, el joven no había tenido al entrar en la sala.

-Reintroducírte en tu cuerpo. Ignorabas las consecuencias de tal cosa, imagino.

-Sí, supongo. Tampoco me paré a pensar en ellas realmente.

-De acuerdo.-apuntó algo en su block-¿Y bien?

-Un lavado tradicional debiera bastar.-respondió el joven-Cinco o diez minutos para los civiles, media hora para los agentes y unas dos horas para los médicos.

-¿Lavado?-pregunté-¿Les vais a borrar las memorias? ¿Y el tiempo que han perdido?

-No es tanto.-replicó el joven-Se estima que, debido a movimientos involuntarios del ojo, se pierden unos cuarenta minutos de información visual que tu cerebro no podía interpretar.

-¡Venga ya!

-Es verdad. Lo que pasa es que tu cerebro sustituye lo que no entiende por lo que ha visto inmediatamente después. Por eso *crees* que no te has perdido gran cosa.

-Pero dos horas... No sé, me parece mucho.

-Sus cerebros-intervino el trajeado-crearán algún recuerdo. Lo sé por experiencia.

-¿Y no existe la posibilidad de que recuerden el evento?

-Sí, pero necesitarían un estímulo concreto. Tú apareciéndote en sueños valdría, por ejemplo.

Al ver mi sonrisa me dio a entender que eso sería *mala* idea.

-De acuerdo,-dijo cogiendo una pistola con agujas-vamos allá.

Se fue acercando a todos los cuerpos e introdujo las agujas en la base del cráneo. Cuando llegó a uno de los doctores le detuve.

-¡Espera! Quiero preguntarle algo.

-¿El qué?

-Quiero saber por qué me intentó reanimar cuando mi cadáver llegó aquí.

-No sé si debieras...

-¿Qué importa? Le vas a borrar la memoria.

-Supongo. Tienes dos minutos. Le despierto y empieza el temporizador.

-Perfecto.

Me acerqué al médico mientras el trajeado le tocaba las sienes. Para cuando había cubierto los dos metros que me separaban de él el clínico se había levantado, bueno, su alma se había incorporado, de hecho. Su cuerpo seguía sobre el suelo.

-¿Qué pasa?¿Por qué no se mueve nadie?¿Qué hace mi cuerpo en el suelo?!

-No te preocupes.-le interrumpí antes de que se desmadrara-Estás sufriendo una experiencia extracorporal. Es algo perfectamente normal. En realidad tu cuerpo está inconsciente en un pasillo al lado del cadáver.

-¿Qué haces?-siseó el trajeado.

-Plantar un recuerdo... Creo. Mira, no sé qué estoy haciendo, pero va a funcionar. Creo. Espero.

-Más te vale.

-¿Con quién hablas?-interrumpió el médico.

-Nadie.-repliqué-Quiero preguntarte una cosa, ¿por qué intentaste reanimarme?

-¿Eres el fantasma del chaval que han traído esta mañana?

-Sí.-me miré. Me parecía bastante a mi cuerpo-Este, no. Soy una proyección de tu subconsciente del chaval en cuestión. Pero aún así quiero saber por qué lo hiciste.

-Ah, bueno. Lo intenté porque me daba la sensación de que el chaval seguía ahí, de alguna manera.

-Se acabó el tiempo.

-No han pasado dos minutos.-respondí. Realmente me daba igual. Ya sabía lo que quería, pero me hacía gracia llevarle la contraria al trajeado.

-Aún así. Haz que vuelva a su cuerpo.

-De acuerdo.-volví a dirigirme al doctor-Ya es hora de que te despiertes, ¿no crees?

-Supongo que tienes razón.

Cuando se había vuelto a introducir en su cuerpo el trajeado le pinchó y, ya satisfecho, abrió otra grieta en el tejido dimensional. Me hizo señas para que le siguiese. El trayecto de vuelta a la recepción, pues era a donde nos dirigíamos, no fue una experiencia que repetiría.

Al llegar tuvieron que ayudarme a orientarme, cosa que les llevó unos diez minutos. Ese tiempo lo aprovecharon para discutir entre ellos. Para cuando todo se había estabilizado en mi cabeza los especialistas que me habían recogido se habían marchado. La recepcionista se acercó a mí.

-¿Louis? ¿Estás ahí?

-Sí, sí.

-Vale, ¿estás bien?

-También.

-De acuerdo. Cuando veas que estás perfectamente puedes volver a salir. Si no, puedes seguir adelante con tu vida después de la muerte.

Inmediatamente me desperecé.

-¿Ya habéis terminado la guerra?

-No, ni mucho menos, pero tenemos un par de miembros nuevos que pueden hacer que todo funcione de manera más fluida.

Me quedé quieto durante un tiempo, pensando qué hacer. Cuando por fin me decidí, entró en la sala el hombre que, como averiguaría momentos después, me llevaba siguiendo desde el tiroteo.

---

El hombre era alto; más que yo. Negro. No en el sentido tradicional; era negro como el vacío del espacio, como el alma de un homicida... Era el negro de algo que no entiende o, al menos, no quiere entender el tiempo.

Al verle, la chica, que estaba a mi lado, dio un par de pasos hacia atrás. Al hombre no pareció afectarle. No demasiado, al menos. Aún así no parecía dispuesto a dejar que ninguno de nosotros se marchase.

La chica intentó, imagino, contactar con alguien, porque el desconocido se personó detrás de ella de pronto y la redujo con un golpe de su bastón en la nuca. Ella se desplomó casi inmediatamente.

Mientras el hombre estaba distraído con la desafortunada recepcionista aproveché para salir por patas. Entré al ascensor, que estaba convenientemente cerca, e intenté pulsar algún botón, aunque no me moviese. Bastaba con que cerrase las puertas. Había dos, de manera que pulsé ambos, puesto que no sabía cuál me llevaría a dónde, pero estaba completamente seguro de que uno de ellos era para otra planta distinta.

Para cuando el hombre empezó a girarse para alcanzarme las puertas se estaban terminando de cerrar, de tal forma que metió el bastón para intentar hacer palanca, como en esa película con los robots, la que se llama como la línea entre la noche y el día. Su bastón, sin embargo, no era rival para las puertas, que lo seccionaron limpiamente, como si fuese chicle. Antes de que el ascensor se pusiese en marcha le oí jurar.

Los pedazos del bastón que se quedaron en el ascensor se hicieron polvo y escaparon por las juntas.

Al cabo de un tiempo me di cuenta de que el ascensor en el que estaba no era el mismo que el que había usado para subir. Para empezar tenía botones y las paredes no eran blancas, sino de un tono marfil muy claro. No era exactamente igual, vamos.

Volví a la sal del cartel. La única salida era el ascensor. Nada más salir de él, se puso en marcha de nuevo. Estimé que tenía unos diez minutos antes de que volviese, con desconocido incluido. Los aproveché para determinar a dónde quería ir. Cuando lo supe me giré para mirar el cartel, porque tenía la sensación de que debía hacerlo. No me equivoqué. El mensaje había cambiado: “Hay otra manera. Hay más opciones”.

No le di mucha importancia. Me concentré en un lugar (el CERN) y una fecha (un par de años en el futuro) por mera curiosidad. La sensación fue igual que la última vez, pero el despertar fue algo diferente. Para empezar no estaba donde quería y, para seguir, me sentía restringido, atado.

La sala en la que había aparecido era algo más grande que mi habitación. Las paredes estaban limpias, sin ninguna clase de decoración, cosa que realzaba su palidez. Delante de mí había una hoja flotando. Sobre ella rezaba lo siguiente:

“Estimado Mr. Louis:

Vemos que ha intentado dirigirse al CERN unos cinco años después de fallecer. Sentimos comunicarle que no lo podemos permitir. Debe o bien “vivir” ese tiempo, o bien esperar aquí.

En caso de que quisiese comunicar sus conocimientos del futuro a cualquier persona clínicamente viva de su pasado debe consultar a un asesor temporal.

Atentamente suyos:

Orden del Orden”

Descolocado por el mensaje me senté en el suelo. Me decanté por “vivir” en el CERN, para ver la evolución de la ciencia.

Al aparecer me fijé en el entorno: Gente con batas blancas poblaba los pasillos. Cables colgaban del techo, decorando los corredores, como en una película mala de ciencia ficción.

Paseé durante un par de horas sin que, obviamente, me viese nadie. Cuando me cansé de esperar entré a una especie de sala de descanso. En ella estaba sentado el hombre. Me sonrió y, antes de que pudiese siquiera pensar en huir, me cogió de los hombros.

-Llevó esperando un tiempo. Un par de lustros aquí, de hecho, pero tú me has visto hace menos de un día, ¿no es así?

El hombre se presentó, tras decir esto, como el Barón. Me explicó que sus amigos y él estaban “en guerra” (comillas incluidas) con la OO.

-Verás, no quiero presionarte. Tampoco era mi intención asustarte. Sí es cierto que te quería muerto, pero no a ti en concreto, no es nada personal, necesitaba, simplemente, que alguien muriese por nuestra causa...

Todo esto lo dijo sin que su sonrisa temblase, con un aire inocente, casi.

-Estoy-interrumpí-en coma ¿verdad?

-No, estás muerto. Al menos para los humanos de tu dimensión original-miró su muñeca-Sí, estás muy muerto. En cualquier caso, eh venido a ofrecerte una opción distinta a la de la OO.

-¿Eh?

-Sí, ellos te ofrecen la vida eterna que deseas, pero usan tu felicidad como energía. No es malo, ni mucho menos, sólo la usan. Antes, para ofrecer un *Infierno*, usaban el sufrimiento, pero la felicidad es más eficiente.

-¿Tú-he titubeado-qué me ofreces?

-Mis colegas y yo te ofrecemos lo que de verdad quieres.

-¿El qué?

-Descanso. Pasar a ser parte del Universo. Purgar tu alma. Olvidar... Llámalo como quieras. Te damos eso. Lo que *tu* Universo necesita de verdad.

-¿*Mi* Universo?

-Eso es irrelevante,-dijo, como si para mí lo fuese realmente-el caso es que, si eliges mi opción, tendrías que hacerme un pequeño favor.

-¿Qué favor?

-No puedo decírtelo si no eliges mi opción. Si lo hiciese y eligieses a la OO, seguramente terminarías en un *Infierno*, para mandarnos un mensaje, y no queremos hacer daño a los humanos.

-Si elijo la no-existencia, entonces ¿me lo explicas?

-Eso es ¿Por qué no te quedas aquí-cambiamos de habitación sin hacer nada-hasta que te decidas?

-¿Por qué yo?-pregunté.

-¿Por qué no?-replicó, sonriendo de nuevo.

Hasta ahora no le he vuelto a ver. Creo que llevo un par de semanas aquí, pero, estando fuera del tiempo, eso no tiene sentido. Aún no he decidido del todo lo que quiero, pero creo que ya casi lo sé seguro.